

El “Opa”

FRANCISCO RODRÍGUEZ VARGAS

Aconteció esta historia en los primeros lustros del siglo XX. Odilie y Leonardo a quienes, llamaremos Lili y Lalo, eran un matrimonio joven e impetuoso, llenos de hormonas y de deseos de aventura.

Mientras compraban la provisión en el pueblo de Santa Gertrudis se enteraron de que se estaban cediendo títulos de propiedad a aquellos osados que se atrevieran a voltrear montañas, a abrir y desafiar a la madre naturaleza en las montañas más recónditas del país.

Ni tan siquiera lo pensaron para ofrecerse como voluntarios para ser pioneros de esta tan descabellada oportunidad que la vida les brindaba para salir de su pobreza y miseria.

Prepararon y partieron con sus cuatro chuicas con rumbo a lo desconocido en busca de una mejor opción de vida y de aplacar aquella enorme sed de aventura que les embargaba.

Luego de interminables viajes en carreta, a caballo, a lomo de mula y cuando no había otro medio, a pie, al fin, después de muchos meses de éxodo, llegaron a un remoto paraje donde imperaba las más exuberantes flora y fauna y el más impresionante silencio que alguna vez habían experimentado en sus vidas.

Se detuvieron en un pueblito que escasamente consistía en cuatro casuchas de madera tan viejas como Matusalén, una plaza, un dispensario, un comisariato y una diminuta ermita tan pequeña como la devoción de sus habitantes y con una cruz de hierro negro como los pecados de sus feligreses.

La imponencia de la montaña que rodeaba al pueblo era sobrecogedora. Una mole con todos los tonos y combinaciones de verde que amenazaba con teñir de verde el azul del firmamento. Ni aun el mejor pintor del mundo hubiese sido capaz de poner tantos matices y tonos cromáticos en su paleta y, menos, plasmarlos en su lienzo.

Los habitantes recibieron a los recién llegados con chota, burla, sarcasmo, apatía e indiferencia. De no haber sido por el pequeño retoño que Lili llevaba en sus brazos y amamantaba en su pecho, los hubieran expulsado del lugar de inmediato.

En el ruidoso comisariato adquirieron lo necesario para su viaje al corazón de la montaña: arroz y frijoles, maíz, atados de dulce, un par de filosos machetes y un hacha alemana que costaba nada más y nada menos que la exorbitante suma de cinco pesos.

Don Eliécer, el pulpero que les atendió resultó ser bastante locuaz y amistoso. Les dijo que no se preocuparan por la hostilidad del pueblo hacia los foráneos. Su actitud estaba motivada por su desmedida ambición por las ricas betas de oro que yacían en las entrañas de la montaña.

A la mañana siguiente, el pequeño trío se despidió de la única persona quien les había brindado amistad y cariño.

Don Eliécer les obsequió aguadulce y tortillas con queso, para que se fueran con “la panza llena y el corazón contento”, según sus propias palabras.

Cuando estaban a punto de partir, el hombre los detuvo y les previno de las alimañas y los animales salvajes de la montaña. Enfatizó que extremaran su precaución y cuidado con los duendes, pero, sobre todo, con el temible “Opa”.

El matrimonio conocía casi de memoria la historia de los duendes y su afición por infantes y niños pequeños, y su obsesión por sacarlos de sus casas y llevarlos al bosque y perderlos. No obstante, haberse criado en el campo, jamás habían escuchado aquella extraña palabra. Les divirtió su sonoridad y musicalidad. El pícaro pulpero los observó detenidamente y pudo ver sus enigmáticas miradas interrogándolo curiosos. Soltó una sonora carcajada y los instó a que le cuestionaran sobre el tema que también conocía. Acercándose tímidamente al fogón para verlo mejor, le explicaron que sabían de los duendes, pero no así del “Opa”.

Eso era lo que estaba esperando para narrar aquella historia que tanto le fascinaba y se rajó como con manta. Así dio rienda suelta a su cuento: “El Opa es un ser misterioso y solitario que

ronda en las montañas más escondidas y alejadas del territorio habitadas por humanos. Es una criatura gigantesca, de más de tres metros de altura; su cuerpo es de contextura atlética y muy musculosa, cubierta de greñas de pelo morruco y enmarañado. El almizcle que exuda su piel hace que ningún animal salvaje se le acerque. Está dotado de una fuerza sobrenatural y un vigor descomunal. Su apariencia es como una combinación entre simio y humano. Solo se comunica con gruñidos que se escuchan a kilómetros de distancia. Los pueblerinos confunden los gruñidos con truenos. Sus manos son inmensas y cubiertas de unas garras largas y afiladas con las que caza a las otras criaturas con las cuales se alimenta. Su enorme boca está cubierta de afiladísimos colmillos y dientes con los que devora a sus presas. Se desplaza en dos patas y camina a una velocidad de relámpago. No tiene articulaciones en sus rodillas, por lo que camina tieso y deja unas profundas huellas. Mora en cuevas y lugares que tengan mucha agua.”

El joven matrimonio permaneció estupefacto y en silencio ante la magnitud de tal revelación.

Sus pensamientos y temores fueron interrumpidos por el intempestivo vozarrón de don Eliécer que añadió: “¡Ah! Se me olvidaba que al Opa solo se le conocen dos debilidades. Es muy enamorado, el fregao.”

“¿Qué tiene eso de malo?” preguntó Lalo, ante la mirada penetrante e inquisitiva de su mujer.

“No, nada. Solo que al Opa no le gustan las hembras de su propia especie; sino más bien, las hembras humanas y bien dotadas como el caso de su mujer.”

“¡Ah, caramba! Eso sí está feo,” respondió el marido ojeando a su señora. La tímida Lili se puso roja como un lirio de mayo.

“También le encantan las crías tiernitas de los humanos, en especial si son hembritas como la suya. De hecho, es su platillo favorito.”

Lili exhaló un grito de terror que le heló la sangre a los dos hombres y la niña empezó a llorar. Instintivamente, su gran amor maternal la hizo acurrucar y acunar a la tierna e indefensa criaturita contra su pecho para protegerla.

De pronto, la callada y tímida Lili gritó con un rugido de pantera y exclamó llena de furia: “Ni el Opa ni el mismísimo Patas podrán hacerle daño a mi angelito.” Lalo se estremeció de pies a cabeza y no atinó más que a admirar y amar a su mujer como nunca antes.

Después del opíparo desayuno, el tema de conversación giró en torno al misterioso y solitario Señor de la Montaña. Al final, abundaron los abrazos y las lágrimas por la despedida. Lili y Lalo se enrumbaron hacia la temida e impenetrable montaña con el corazón sobrecogido de temor por las historias y cuentos de don Eliécer.

Al llegar a la boca o entrada de la mole verde, se sintieron menos que hormigas ante su magnificencia. Lalo penetró unos pocos metros en la espesura vegetal. Lili permaneció de pie aferrando a la niña contra su pecho. De pronto, escuchó a su esposo cortando ramas y troncos. Al poco tiempo, regresó cargando sobre sus fuertes hombros las ramas y troncos y los depositó en el suelo.

“Aquí voy a empezar a voltear la montaña y, en este claro, vamos a construir nuestra morada.” De inmediato, clavó los horcones y los cubrió de hojas

y sobre el techo colocó hojas de palmera, a la usanza de los indios. Fuera del rancho, su esposa amamantaba a la niña que se durmió sobre una estera en el suelo.

Mientras la infante soñaba con los angelitos, su madre recogía leña seca para hacer un fogón y cocinar el almuerzo. Luego comieron copiosamente, pues todo el esfuerzo les despertó el apetito. Allí juntitos y acurrucados para darse calor durmieron sobre la estera de paja en el suelo. Arriba, el cielo titilaba de estrellas. Los sueños, las esperanzas y el amor revoloteaban sobre la humilde vivienda. De madrugada, Lili se levantó en plena oscuridad, salió y encendió el fogón para ir preparando el desayuno. No tuvo que llamar a su marido, el olor de las sabrosas viandas lo hicieron por ella. Medio adormilado, pero con un hambre voraz, Lalo saboreó y devoró el aguadulce, las tortillas y los frijoles que sabían a gloria. Le dijo a su mujer que a eso de las nueve y media de la mañana fuera a buscarlo montaña adentro con la niña y el almuerzo. Le pidió que llevara la cutacha bien afilada que le habían comprado a don Eliécer, por si las moscas, con los bichos del monte. Fue a propósito que utilizó la palabra “bichos” para no volver a asustar a su mujer con lo del Opa. Abrazó a Lili y besó con mucho amor a la bebita, pues no sabía si las volvería a ver de nuevo. Su esposa lo persignó y lo encomendó a Dios.

Ella lo siguió con la vista hasta que la espesura verde lo devoró por completo. Se enjugó las lágrimas y alimentó a su bebé hasta que se quedó dormida mamando de su pecho. La acostó sobre la hamaca y salió a lavar los trastos al río. Cuando regresó se puso a preparar el almuerzo para su esposo. No dejaba

de pensar en la soledad que los rodeaba. Al menos, ella tenía a su hija cerca, pero su pobre marido tan solo en aquella montaña. Siguió con sus labores domésticas. De repente, escuchó unos horribles rugidos montaña adentro. Se dijo para consolarse: “Debe ser mi mente que me está jugando una mala pasada, pues tengo que ir a la montaña. Pero esto es pura pendejada mía. Ya agarro la cutacha y a mi niña y me voy, y que Diosito nos proteja y acompañe a las dos y a Lalo también.”

Salió con paso firme y seguro. Era un esplendoroso día de verano. Se sintió tentada de ir a recoger flores silvestres. Decidió no hacerlo pues estaba un poco retrasada y ya su bebé pesaba bastante, además de las alforjas en las que cargaba el almuerzo y el aguadulce de su esposo, que ya debía estar delirando de hambre.

Siguió por el trillo que había hecho Lalo en la espesura de la montaña. Caminó mucho bajo el quemante sol. Se detuvo a alimentar a su niña que chillaba de hambre y de calor. Pronto se calló y durmió. El silencio era imponente. Apresuró su paso para llegar cuanto antes.

De pronto llegó a una encrucijada en el trillo y se detuvo. Llamó a gritos a su marido: “Lalo. Lalo, ¿dónde estás vos? contestame, por favor.” Se quedó perpleja cuando oyó que le respondían de dos sitios a la vez. Una voz le era conocida; era la de su marido indudablemente. La otra le sonaba un poco extraña. Sonaba algo así como: “Opa, Opa, Opa”. No sabía qué dirección seguir.

De pronto, vio a su marido corriendo hacia ella, como loco con los ojos desorbitados y echando espuma por la boca. Apenas le pudo decir: “Deme la mano y corra, pues el Opa me viene

persiguiendo para llevarte a vos y comerse a la güilita.”

Corrieron como alma que lleva el diablo. Solo oían los gritos de Opa, Opa, Opa cada vez más cerca de ellos y cómo reventaba el monstruo los alambres de púa con los que Lalo había cercado el terreno.

Lili cayó y rodó por el suelo con la niña. Su marido las recogió y estaban bien. De pronto, la bestia peluda y gigantesca les salió de frente. El valiente hombre sacó su hacha del viejo gangoche, dispuesto a dar la pelea de su vida por defender su tesoro más grande: su joven y amada familia.

La criatura peluda se detuvo ante la familia y lanzó un tremendo rugido que estremeció todo el bosque y agitó las ramas de los copudos y gigantescos árboles. La bestia era tal y como la había descrito don Eliécer: gigantesca, peluda y fuerte como un toro. Sus ojos eran rojos como los del demonio. La pelea era feroz. Parecía la de David contra el gigante filisteo Goliat. El coraje y la astucia de Lalo intimidaban al monstruo. Le lanzaba hachazos a diestra y siniestra.

Lili estaba paralizada por el terror y solo apretaba a su hija contra su pecho. Lalo se sentía desfallecer de cansancio, pero seguía luchando incansablemente. De pronto, se escuchó un aullido terrible y la sangre del monstruo salpicó a la madre y a su hija.

Lili levantó sus ojos y vio a la criatura con una pierna herida de un hachazo. El monstruo enloquecido de dolor lanzó un tremendo zarpazo que hizo volar al hombre a una tremenda distancia.

Lili observó cómo se les venía encima. Como una leona decidió enfrentarse con el gigantesco simio para salvar la vida de su indefensa bebé y evitar

que se convirtiera en el plato principal del día para su enemigo.

El monstruo la observaba complacido de tener otro rival humano para desquitarse de aquel dolor que sentía en su pata. La mujer enloquecida de rabia desenfundó su machete de la vaina de cuero y se enfrentó al demonio peludo como toda una amazona. La pelea era descomunal, aquella diminuta y valiente mujer enfrentando a semejante bestia solo con un pequeño machete.

Pero dice el refrán que más vale maña que fuerza y así fue por mucho rato. La mujer le infligió varias heridas que hicieron que la sangre manara a borbotones del cuerpo del animal. No obstante, su bravura y coraje, no fueron suficientes para derrotar a semejante oponente, que parecía salido del mismo averno.

De repente, Lili bajó la guardia para echarle una mirada a su ángel que seguía dormitando impertérrita. En ese preciso instante, fue impactada por un terrible manotazo que la lanzó por los aires.

La bestia se agachó y levantó a la pequeña infante en sus peludos y fuertes brazos. Abrió sus tremendas fauces y sus colmillos estaban listos para morder y desgarrar aquella carne jugosa y tierna. La pequeña lloraba desconsolada.

El monstruo estaba tan ensimismado en degustar aquel apetitoso, succulento y raro manjar, que no se percató de que la mujer se le había subido por la espalda. No fue sino hasta que sintió como si un rayo le hubiera partido el cráneo. Era la mujer que le propinaba hachazo tras hachazo con una fuerza descomunal. La bestia quedó tendida con el cráneo hecho astillas. Lili cayó al suelo y allí quedó inconsciente.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, ni mucho menos qué había

sucedido con su hija. Se arrastró como pudo; pero no vio ni oyó nada en absoluto. El pánico se apoderó de su corazón de madre. No podía ser que todo su esfuerzo y su lucha hubiesen sido en vano. Su pequeño ángel no podía haber fallecido aplastada por el monstruo en su caída.

Se puso de rodillas e imploró al Altísimo que le hiciera un milagro con su niña o que se la llevara a ella también para estar los tres juntos en el cielo y no separados en la tierra.

No terminó de murmurar su rezo, cuando, escuchó el llanto de su niña. Su plegaria había sido respondida de inmediato. El milagro se había cumplido.

Se puso en pie con la velocidad de un relámpago. Sobre unos arbustos se encontraba colgando su bebé. La madre se asustó mucho, ya que estaba toda cubierta de la sangre del monstruo. Como una leona se subió a los arbustos y tomó a la pequeña en sus brazos.

Se hizo lanzada del arbusto y ya en tierra palpó a su amor palmo a palmo todo su pequeño cuerpecito. Tenía magulladuras y moretes, pero nada grave. Copiosas y abundantes lágrimas, de dolor o de gozo -no estaba segura- bañaban el rostro de la mujer.

Escuchó ruidos tras su espalda, soltó a su hija y empuñó el hacha. Escuchó la voz de su esposo que le decía: "No me mates mi amada y valiente esposa soy yo Lalo."

Lili arrojó el hacha, tomó a su niña en brazos y se lanzó a los de su amado esposo. La espantosa pesadilla por fin había acabado.

Las tres solitarias figuras parecían el retorno de la Sagrada Familia de su viaje a Egipto, para evitar la Matanza de los Santos Inocentes.

